JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

CURIOSIDAD

A los cuatro meses, el niño se vuelve curioso. Tiene un hambre inagotable de nuevos estímulos. Poco después se convierte en explorador. Se lleva todo a la boca porque, en ese momento, es su manera de conocer un objeto, de asimilar el mundo. Nacemos lanzados, impulsados por un poderoso dinamismo expansivo. Crecer es crear posibilidades. Y el afán de explorar, la ansiedad por saber lo que hay detrás del horizonte, detrás de la cara visible de la luna, es uno de sus motores. A todos los animales superiores les encanta percibir y experimentar. Si encerramos a un chimpancé en una jaula cerrada con una única ventanita normalmente cerrada, su afán de mirar es tan poderoso que puede olvidarse de comer si se la abrimos. Esa ventana abierta al exterior es su televisión privada.

En esto, como en todo, la humanidad amplía gigantescamente las capacidades que compartimos con nuestros primos animales. Somos curiosos , y todos los pedagogos están de acuerdo en que debemos estimular la curiosidad del niño. Pero este consejo no es tan claro como parece. La historia nos dice que la curiosidad ha sido duramente criticada. Los griegos creían que todos los males habían venido al mundo por la curiosidad de Pandora, que abrió la famosa caja. Los teólogos medievales pensaban que el curioseo es un glotonería de información. El zapping es una clara manifestación de esa gula inquieta. Y para el dramático Heidegger, la curiosidad era la manifestación de la existencia inauténtica, falsa. Entonces, ¿qué hacemos? ¿Fomentamos la curiosidad o la reprimimos?

Tomás de Aquino nos da la solución, porque distinguió entre la "vana curiosidad", que consideraba como un cotillero estéril, y la "studiositas", que era el deseo real de conocer. Mientras aquella es efecto del aburrimiento, esta es el verdadero impulso de la inteligencia. Así las cosas, lo importante es fomentar en el niño el impulso de explorar, es decir, una intriga activa. A esto se refería originalmente la palabra "filosofía", que no designaba una disciplina, ni una ciencia, sino el amor (filo) al saber (sofía). De hecho, la primera vez que aparece la palabra se aplica al historiador Herodoto, del que se dice que "movido por su filosofía viajó a Egipto". Es decir, impulsado por su afán de explorar. Por ser filósofo me fascinan las historias de los grandes viajeros de todos los tiempos, desde Ulises a Darwin, que a los 22 años se embarcó en el Beagle, un bergantín de 25 metros de eslora, para un viaje científico de cinco años.

ASÍ LAS COSAS, HAY QUE FOMENTAR EN EL NIÑO EL IMPULSO A EXPLORAR; ES DECIR, UNA INTRIGA ACTIVA

Esa curiosidad laboriosa es la que conviene fomentar en los niños y en los mayores. Explorar tiene un componente de ánimo, de audacia, de seguridad, de esfuerzo. Me gustaría hacer una "pedagogía de esa curiosidad creadora". Si lo pienso bien, ese es el objetivo de estas páginas. Darío Fo, premio Nobel de Literatura, escribió un curioso texto titulado: *¿Cómo embotar a un niño?* "A lo largo de los años, con el crecimiento, ocurre un proceso sistemático de destrucción de la libertad mental que elimina en el niño la posibilidad de ver y descubrir las cosas con fantasía". Debería escribir otro texto titulado *¿Cómo embotar a un adulto?*. ■

Raúl